

Centroamérica: ser madre en tiempo de guerra

América Central: ser mãe em tempo de guerra

Central America: being a mother in wartime

*Silvia Soriano Hernández**

Resumen

El tema de la maternidad puede ser visto desde muy diferentes ángulos. En este artículo se pone énfasis en la construcción social de la figura de la madre en una situación límite como lo es una guerra. A partir de los propios testimonios de mujeres centroamericanas, que de una u otra forma la vivieron, se reflexiona respecto a lo que ellas mismas les atribuyen a sus experiencias en torno a la guerra. Se cuestiona el poco valor que se ha dado a las vivencias de las madres y, en este sentido, la falta de resarcimiento de aspectos que se consideran secundarios porque se vinculan con los sentimientos.

Palabras clave: maternidad, violencia, testimonio, guerrilla, subjetividad.

Resumo

O tema da maternidade pode ser visto desde ângulos muito diferentes. Neste artigo coloco a ênfase na construção social da figura da mãe em uma situação extrema como a guerra. A partir dos depoimentos de mulheres centro-americanas, que de uma forma ou de outra o viveram, reflito sobre o sentido que elas mesmas atribuem às suas vivências. Questiono o pouco valor que tem sido dado às vivências das mães e, nesse sentido, a falta de compensação por aspectos considerados secundários por estarem ligados a sentimentos.

Palavras chave: maternidade, violência, testemunha, guerrilha, subjetividade.

Abstract

The subject of motherhood can be seen from many different angles. This article emphasizes the social construction of the mother figure in an extreme situation such as war. Based on the testimonies of Central American women who, in one way or another, lived it, we reflect on

* Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe y profesora en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Investigadora visitante en la Faculty of Education and International Studies, Oslo University College. Distinguida en 2013 con la “Cátedra de estudios mexicanos”, otorgada por la Université de Toulouse. Líneas de investigación: movimientos sociales, cuestión indígena, perspectiva de género y memoria, testimonio en las luchas sociales en Latinoamérica. Publicación reciente: *El sentido de la disidencia. Indígenas y democracia en Ecuador*, México, Ediciones Eón, 2016, Colección “Miradas del Centauro”. E-mail: <ssoriano@unam.mx>.

what these women themselves attribute to their experiences of the war. It is questioned the poor value that has been given to mothers experiences, and the lack of recognition of aspects that are considered secondary because they are linked to feelings.

Keywords: motherhood, violence, testimony, *guerrilla*, subjectivity.

Muy poco tiempo, realmente, lo que demuestra la relatividad de nuestra memoria que magnifica o empequeñece a discreción, un lenguaje que creemos conocer y que en verdad no conocemos.

Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*, 1998.

Ciertas cualidades biológicas como el sexo o la maternidad se transmutan en construcciones sociales que adquieren un cariz opresivo difícil de cuestionar. En situaciones extremas, como lo es una guerra, la violencia se convierte en un catalizador que magnifica el significado del ser hombre o ser mujer, ser madre o ser padre. Para acercarme a la temática, me he valido de la experiencia centroamericana, esto es, de la forma en cómo las mujeres vivieron la maternidad social y biológica en momentos de guerra, para algunos revolucionaria, para otros contrainsurgente. Los conflictos bélicos escenificados en Guatemala, El Salvador y Nicaragua son el escenario ideal para profundizar en un tópico al que se le ha dado poca importancia, en buena medida porque forma parte de las emociones, las cuales suelen considerarse como individuales y por tanto privadas, aun si surgen en situaciones sociales límite.

Una guerra cambia radicalmente la trama en que se vive para dar paso a una muerte que, a pesar de su habitual presencia, no deja de verse como excepcional, máxime porque los jóvenes muertos eran de ambos sexos. Todo lo que sucede diariamente adquiere un cariz diferente cuando se habita donde la guerra se escenifica. En las siguientes líneas respondo la principal interrogante que guía este trabajo: si una guerra es capaz de modificar tan cruentamente la cotidianidad, ¿cómo influye en la forma en que se vive la maternidad sabiendo que la muerte se respira a cada momento?

El ambiente bélico vivido en la región centroamericana en las últimas décadas del siglo xx desnudó muchas relaciones que por lo cotidiano que eran pasarían desapercibidas. Por citar un ejemplo: al dar a conocer cómo vivieron la guerra algunas mujeres podemos rescatar el modo en que encontraron espacios positivos de representación, precisamente como consecuencia de un acontecimiento capaz de trastocar no sólo las relaciones políticas sino también las personales. Las experiencias organizativas y la reflexión en torno a éstas –que bien podía ser en la guerrilla, en la búsqueda de los desaparecidos, en estructuras feministas o en muchas

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 45-46, ENERO-DICIEMBRE, 2020, PP. 111-134.



más– abrieron para las mujeres un espacio de incidencia en las relaciones sociales que fueron construyendo en un ambiente violento. Mujeres que apostaron por ser parte de la historia y por aportar a la construcción de nuevas relaciones sociales.

Es cierto que la guerra modifica, rompe, conserva, destruye y construye una realidad diferente para las personas que de una u otra forma la vivieron. Conviene subrayar el tipo de guerra que se escenificó en la región: una guerra revolucionaria que, por lo mismo, asume un proyecto que abarca más allá de la población masculina, una revolución contra la oligarquía o contra la dictadura que lleva implícita la posibilidad de un cambio social y político, y con ello de una vida mejor, donde las desigualdades propias del sistema económico de exclusión prevaleciente se irían desvaneciendo después del triunfo. Es lo que muchos soñaban.

Este anhelo hizo que gente de lo más diversa se incorporara a ese plan de renovación, así fuera a través de la violencia que implica una conflagración. Es, por supuesto, una lucha por el poder y asimismo por un ejercicio diferente de ese poder. Esa guerra revolucionaria se enfrentó a una violencia contrainsurgente de lo más cruenta que se tenga memoria en América Latina. A su vez, a esa violencia le hizo frente la capacidad de resistencia de grandes sectores de la población.

En esas condiciones excepcionales, varias mujeres optaron por aglutinarse al encontrar en un núcleo organizacional un espacio para hacerse escuchar, para manifestarse, para participar rompiendo una serie de obstáculos de muy diversos órdenes, desde los que aparecían en su sitio habitual hasta los nuevos que emergieron con el escenario bélico. Muchas de las mujeres no se habrían desprendido de tantas trabas que significan el ser mujer, de no ser porque una guerra las cimbró, las obligó a mirarse como protagonistas de una historia que comenzaban a escribir dolorosa, pero también constructivamente. El torbellino revolucionario tocaba a la puerta y no había tiempo para dudas y emociones, había que actuar, ser parte de la causa.

El proceso organizativo llevó a muchos de los involucrados, particularmente a las mujeres, a revalorizarse y a construir una imagen novedosa del poder que se fue asumiendo a partir de la experiencia surgida de la dinámica de la violencia que conlleva una guerra y del deseo de ser partícipe de un cambio. Los nuevos actores políticos debían romper sobre todo con actitudes y costumbres que tradicionalmente los habían marginado, sujetos que fueron modificando patrones añejos de exclusión en un clima de polarización política que planteaba grandes retos, así como oportunidades de descubrirse a sí mismos como necesarios en un movimiento que prometía un gran cambio social.

La represión, primero selectiva y después indiscriminada, generó una nueva identidad en muchas mujeres. Comenzaron a ser la madre o esposa del desaparecido o



desaparecida, la mujer sola, la viuda; se volvieron cabeza de familia y buscaron no sólo a sus familiares sino también la forma de reconocerse en esta nueva condición impuesta y de actuar colectivamente para romper muchos de los sentimientos que se generaron a partir del dolor y el miedo. En otras palabras, el nuevo y violento contexto dio paso a una nueva conciencia que condujo a la organización para ingresar a un nuevo ciclo, donde ellas se miraran como capaces de salir de casa enfrentando un mundo antes desconocido –en particular las mujeres indígenas. La violencia del ejército o de grupos paramilitares las transportó a un espacio de aprendizaje, de nuevas vivencias.

Como opción o imposición, la guerra comenzó a formar parte de la vida de las mujeres. Las que la eligieron, descubrieron una nueva forma de actuar, tomaron las armas, se trasladaron a la montaña, olvidaron sus vestidos y se pusieron el uniforme que las identificaba como guerrilleras. A las que se les impuso, la organización se les presentó como una posibilidad de representarse a sí mismas, de encontrar fuerza y esperanza. Pero todas siguieron siendo mujeres a las que en cierto momento les rondó la idea de la maternidad. Interesa presentar aquí un aspecto relativo a la vivencia de las mujeres que vieron transformar sus vidas por la guerra, para rescatar una experiencia que no golpeó por igual a hombres y mujeres, como tampoco lo hizo con pobres y ricos. Me refiero concretamente al tema de la maternidad y de su presentación a través de algunos testimonios y cuestiones subjetivas, simbólicas y valorativas que tienen un peso determinante en la conducta femenina: el conflicto de ser madre en una situación de guerra.

La madre y la maternidad en un escenario bélico

En una entrevista de las que circularon en la prensa durante los días de auge de la guerra salvadoreña, una mujer de cerca de sesenta años llamada Gertrudis afirmó que era base de apoyo y que poco a poco sus hijos militantes se fueron muriendo, pero aunque ellos ya no estuvieran allí ella seguía acudiendo a los campamentos porque había otros jóvenes a los que tenía que apoyar. Ella era vista como la madre, no sólo de quienes había parido y que ya no estaban, sino de otros muchos. Esta presencia maternal en un escenario de guerra me da la pauta para introducir el significado del ser madre, que va más allá de lo biológico, como lo dijera la misma Gertrudis.

Las mujeres han vivido y viven la guerra desde muy diversas perspectivas que engloban su razón de ser, sin duda el ser madre es una de ellas. La guerra las enfrenta a romper o a reconstruir la idea que sobre ser madres e hijos se tiene. Madre del combatiente, madre del muerto, madre del desaparecido, ser la madre de alguien a quien hay que dejar porque la revolución no combina con los hijos, no ser madre porque otros



deberes son antes, ser la madre que abandonó a quienes las leyes no escritas prohíben hacerlo, ser madre sustituta mientras la biológica vuelve, ser madre de los nietos, la madre que cuida y que llora, la que está siempre a pesar de las ausencias. Incluso el discurso revolucionario llegó a valorar a las mujeres como las madres de los nuevos guerrilleros, las que repondrían a aquellos que iban muriendo. Cuando la guerra revolucionaria y contrainsurgente se instauró de lleno en la región, obligando a la sociedad a convivir con ella, cuando los heridos, muertos, desaparecidos y combatientes se contaban por cientos y eran de ambos sexos—siempre mayoritariamente hombres—, la guerra centroamericana dejó de ser cosa de ellos y de militares para formar parte de la vida de decenas de mujeres y de una población civil que no pudo permanecer ajena; implicó asimismo nuevas responsabilidades y desafíos desde la perspectiva de ser mujer.

La paz que siguió a los largos años de guerra llegó por el triunfo —en el caso de Nicaragua—¹ o por la negociación —como en El Salvador y en Guatemala. Sin embargo, la sociedad por la que se luchaba con las armas en la mano se encuentra aún muy lejos. La firma de la paz o la toma del poder condujeron a acuerdos para ir construyendo una nueva sociedad que evitara otro conflicto militar, que desterrara la violencia, que llevara a la reconciliación. La guerra dejó múltiples secuelas y éstas aparecen no sólo en la destrucción de los caminos o de los puentes, aparecen también en los poblados arrasados, en las balas que quedaron marcadas en los muros, en una economía devastada y en una sociedad cada vez más empobrecida. Las heridas que quedan en la gente, aquellas que no son perceptibles a simple vista —porque no me estoy refiriendo a los mutilados—, las que pertenecen a los sentimientos, las que permanecen después de la angustia, de la incertidumbre, de la desolación, no parecieron ser lo suficientemente importantes como para tomarse en cuenta e implementarlas en los Acuerdos de Paz o en las actividades llevadas a cabo después del triunfo —como en Nicaragua.

La población tuvo que aprender a vivir con la herencia de la violencia indiscriminada que acompaña a los movimientos bélicos y que se convierte en cotidianeidad: los duelos por los muertos, la incertidumbre de los desaparecidos, las familias desintegradas, los hijos e hijas sin padres y/o madres, y la búsqueda de aquellos hijos perdidos durante la guerra y que en algunos casos fueron dados en adopción sin

¹ Habría que considerar que, si bien en Nicaragua se tomó el poder por las armas para perderlo después en un proceso electoral, la expulsión del dictador Anastasio Somoza y el triunfo de los sandinistas no llevó a la tan añorada paz, gracias a que la intervención estadounidense que armó grupos de nicaragüenses conocidos como la “contra” mantuvo la guerra por varios años más. Después, los llamados sandinistas—con grandes escisiones— llegarían al poder por medio de elecciones, dejando muy atrás la imagen de aquellos guerrilleros y guerrilleras del siglo xx. Pero ese es otro tema del que no contamos con el espacio para desarrollar.



conocer su pasado.² Cuando se habla de la paz como el final de tantos años de guerra se piensa en la reconstrucción de la sociedad a través de actividades económicas que puedan mejorar la devastada situación nacional, pero en contraparte, una vez que las labores de reconstrucción se volcaron hacia lo material no se dio la misma importancia a la realidad subjetiva. En otras palabras, se dejó de lado el punto de vista de los actores dentro de un contexto particular, se olvidó o, en el mejor de los casos, se postergó lo que significaron las experiencias de las mujeres, particularmente aquella que tan fuertemente las identifica: la de ser madres. Una vez más, se postergaron las peticiones femeninas, por ser “cosas de mujeres”: el dolor, el sufrimiento, el desgarramiento emocional pueden esperar a mejores momentos para contemplarse, para recuperarse y resarcirse, si es que hay tiempo.

Se sabe que las mujeres formaron parte de los ejércitos guerrilleros. Historias hubo sobre su lucha, sobre sus sacrificios, hasta canciones inspiradas en estas heroínas. Pero ¿quién ha hablado o cantado acerca de sus conflictos y frustraciones frente a la maternidad? ¿Cómo se actuó ante la subordinación dentro de la estructura militar cuando se optaba por tener hijos? ¿Cuál fue su visión de las relaciones de pareja? ¿Cuáles fueron sus dudas durante la guerra y su papel como madres dentro del movimiento revolucionario? Y después del conflicto, ¿qué valorización le han dado estas mismas mujeres a toda esa experiencia? Además de las narraciones de heroísmo que básicamente hablaban de abnegación y sacrificios, ¿qué ha pasado con la vida cotidiana de estas mujeres y su relación con hijos e hijas?

Durante por lo menos las tres décadas que van desde los sesenta hasta los ochenta, en Centroamérica se habló cotidianamente de la revolución como el único medio para conseguir la justicia, acabar con la miseria y alcanzar una sociedad más equitativa. En este trabajo se resalta a la guerra, en esos momentos y espacios, no como el único camino para romper las estructuras opresivas y a las mujeres como militantes activas de ese cambio, sino la perspectiva de las mujeres vistas como madres en tiempos de violencia extrema y, además, a la maternidad no como opción sino como un hecho dado que se convierte en obstáculo o en aliciente para actuar o dejar de hacerlo.

Mostrar a esas mujeres centroamericanas que se enfrentan a la maternidad como destino ineludible, tanto en tiempos de paz como de guerra, conduce a dilucidar si en momentos convulsos las mujeres cuestionaron esta función de madres o si, por el

² Con el sugestivo título “What Did You Do in the War, Mama?”, el *New York Times Magazine* del 7 de febrero de 1999 presenta algunos testimonios de los hijos de salvadoreños que fueron a vivir a Estados Unidos y que después de varios años se encontraron con su padre o su madre biológicos, y lo que significó ese reencuentro. A pesar de hablar de padres y madres, el título se centra en ellas, las que abandonaron a los hijos (Rosenberg, 1999).



contrario, ese destino siguió formando parte de su ser; si ante la vivencia tan cercana de la muerte, la cotidianeidad del miedo y el deseo de sobrevivir cambiaron cierta percepción de ellas mismas en cuanto a lo “natural” de ser madres, y con esto discutieron también esa función como mujeres, ¿cómo expresan sus emociones en torno a hijas e hijos presentes y ausentes, perdidas/os y encontradas/os?

Del mito a la realidad

Comenzamos por reflexionar sobre algunas ideas que se han vertido en torno a la maternidad. Ser mujer parece sinónimo de ser madre. Una madre es una mujer y una mujer es una madre, suena como un principio inobjetable. En vez de pensarse como un derecho, se vive como una obligación, como una meta. Sin duda, como muchos otros conceptos, la percepción sobre la maternidad ha ido cambiando al igual que el número de hijos, el tiempo que se les destina y la función materna, sin embargo, muchas otras ideas se mantienen al paso de los años. Revisamos algunas de ellas que sobre este tema se han vertido:

La maternidad es el conjunto de hechos de la reproducción social y cultural, por medio del cual las mujeres crean y cuidan, generan y revitalizan, de manera personal, directa y permanente durante toda la vida, a los otros, en su sobrevivencia cotidiana y en la muerte. La maternidad es un complejo fenómeno socio-cultural que se caracteriza porque la mujer realiza algunos procesos de la reproducción social. El conjunto de relaciones, de acciones, de hechos, de experiencias de la maternidad que realizan y tienen las mujeres, son definitorios de la femineidad. La maternidad es sintetizada en el ser social y en las relaciones que establecen las mujeres, aun cuando éstas no sean percibidas a través de la ideología de la maternidad, como maternales: cada mujer y millones de ellas, concentran estas funciones y esas relaciones –sociales, económicas, eróticas, nutricionales, ideológicas y políticas–, como contenido que organiza su ciclo de vida y que sustenta el sentido de la vida para ellas (Lagarde, 1997:248).

La primera idea que surge en torno a la maternidad es la relacionada con la reproducción biológica del ser humano; pero a esta función natural se añade la reproducción social y cultural que se encuentra también a cargo de las mujeres, y la maternidad que contiene varios elementos será el sostén y el sentido de la vida de este sector de la población: ser madres, ser responsables por siempre de la vida que engendran, de los hijos, sin importar la edad de ambos, de las mujeres madres y de los hijos e hijas. Como una herencia genética, las mujeres cargan con la idea de ser madres prácticamente desde que toman conciencia de que pertenecen al sexo femenino. Consciente o inconscientemente, abierta o veladamente, va creciendo esta idea en sus mentes y será en la ilusión sobre los futuros hijos donde se centrará la mirada femenina. Aun cuando las mujeres no lo perciban, aun cuando no sean madres fisiológicamente, son maternales en su relación con los demás.



Compaginar la procreación –que es un proceso natural– con la obligación de asumir ese proceso fisiológico es la idea que se genera a partir de las múltiples representaciones que sobre la mujer-madre encontramos como producto de un sistema simbólico que identifica a la maternidad social con la reproducción biológica y que le da una ilusión de naturalidad (Tubert, 1991). Imagen que por lo demás no se corresponde con la de la paternidad. Madre y vida se presentan como un binomio inseparable.

En situaciones que no son cotidianas, que se encuentran fuera de ciertos marcos, ¿cómo compaginar la maternidad con la guerra?, ¿cómo ser madre y guerrillera?, ¿cómo vivir tan cercanamente a la muerte sabiéndose la que da la vida, la que la cuida, la responsable de mantenerla? ¿Es posible cumplir con el papel asignado de madre en una situación extrema de violencia? ¿Y el padre?, ¿dónde se encuentra el padre cuando la madre puede y debe ser ambos en sus ausencias? ¿Se vive igual la falta de madre que la de padre? Sin duda alguna un elemento central es ubicar el contexto social en el que se desarrollan esa maternidad y esa paternidad; en el caso de una guerra, esta situación agudiza muchas contradicciones y crea nuevas.

La maternidad, como muchos otros aspectos de la vida cotidiana, no se vive por igual para cada mujer ni para cada época; mucho va a depender de la clase social a la que se pertenece, de la religión que se profese, del nivel de estudios, de si se habita en el campo o en la ciudad, en un país pobre o rico, etcétera. Empero, a pesar de las diferencias antes señaladas, subsiste la idea de que la maternidad puede ser vista como un mito que implica el “instinto maternal” que se atribuye a toda mujer desde que nace y se le educa para reproducirlo, la abnegación es parte de este mito, el espíritu de sacrificio y el ser para otros lo complementan.

La estructura familiar se ha venido modificando en los países latinoamericanos. De la familia extensa que incluía a padres, madres, hijos, hijas, abuelos, abuelas y algunos otros familiares que podían ser tíos o primos, se transitó a la familia nuclear numerosa que incluía sólo al padre, la madre y muchos hijos e hijas. La familia nuclear reducida es la característica de la segunda mitad del siglo xx (Talamante Díaz *et al.*, 1994). Si a ello añadimos los divorcios y el incremento de madres solteras en el comienzo del milenio, la estructura familiar ha seguido sufriendo modificaciones; son muchos los hogares con medios hermanos y con mujeres solas como cabeza de familia. Un elemento extra es considerar a las parejas del mismo sexo y su derecho a ser padres o madres. En síntesis, la familia de principios del siglo xxi tiene pocas similitudes con la que fue tradicional en el siglo anterior.

Sin embargo, la idea de la mujer como madre, como la que debe dedicarse al cuidado de otros, la del espíritu de sacrificio y de abnegación, ha sufrido pocos cambios en la mentalidad del grueso de las mujeres –y de los hombres. En países centroamericanos como Nicaragua y El Salvador (Olivera *et al.*, 1990), el contexto social en el que se



vive la maternidad está fundamentado en una responsabilidad casi exclusiva de la mujer, básicamente emocional, pero en ocasiones también económica. Ella lo concibe, ella lo carga en su cuerpo, ella lo pare y ella es la responsable casi única del cuidado del ser que lleva consigo, ella está capacitada para ser madre. Así lo dijo una mujer de 40 años con nueve hijos que militó en las filas sandinistas:

Yo comprendí lo que era el sistema en que vivíamos, comprendí lo del machismo, yo ya encontraba el porqué de todo. Cuesta todo esto, pues. Yo miré que yo era capaz ya no sólo de ser madre, *porque todas las mujeres somos capacitadas para ser madres*, para cuidar a los niños, el hogar y todo... (Maier, 1985:73, subrayado propio).

Con esta concepción que convierte lo biológico en social y cultural, que obliga a una de las partes a ejercer la procreación, pues es su función natural dentro de la sociedad, “todas estamos capacitadas para ser madres”, el peso que cargan las mujeres por serlo y aspirar a ser algo más en una situación de violencia extrema, les ha generado un sinnúmero de conflictos que no se superaron con el fin de la guerra. El compromiso revolucionario de los hombres no parece estar reñido con su responsabilidad como padres. Ellos habían elegido a una “buena mujer” que a su vez sería una “buena madre” que podía incluso jugar el papel de ambos si él llegara a faltar; situación que es parte de la cotidianeidad de muchas de las mujeres pobres, por lo menos en Nicaragua y El Salvador, donde la madre soltera y/o abandonada ya no es novedad desde hace varias décadas (Maier, 1985; Olivera *et al.*, 1990).

Antes de continuar conviene retomar la idea que expresaran Pierre Bourdieu, Jean-Claude Passeron y Jean-Claude Chamboredon sobre la importancia de una metodología sociológica. Los autores señalan que el hecho se conquista contra la ilusión del saber inmediato, acotando que: “La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos” (2008:31). En las siguientes páginas queremos contrastar justamente la opinión común frente al discurso científico.

Fue en El Salvador donde se habló por primera vez de que más mujeres que hombres estaban involucradas directamente, como combatientes o como apoyo logístico, en un conflicto de grandes proporciones en la historia reciente de América Latina (Vázquez, Ibáñez y Murguialday, 1996). Jóvenes de ambos sexos se incorporaban de lleno a alguna de las organizaciones guerrilleras que en el año de 1980 dieron forma al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, y tras cuestionar al régimen y al imperialismo yanqui se dejaron de lado reivindicaciones sobre las desigualdades entre hombres y mujeres, pues se argumentaba que “no era el momento”. La conflagración se desarrolló con altas y bajas en tanto los rebeldes lograban ganar



simpatías, por lo que la guerra dejó de ser un acontecimiento lejano que sólo involucraba a actores armados para pasar a formar parte de los miedos, esperanzas y sobresaltos de los salvadoreños en su conjunto. Los primeros acercamientos a formas organizativas de muchas mujeres se dieron al ser ellas parte de los grupos de madres y familiares de presos y desaparecidos, así, al denunciar la represión comenzaron a sufrirla directamente y con ésta a radicalizarse. Si durante el proceso revolucionario se postergó un programa que incluyera específicamente a las mujeres, después de la firma de los Acuerdos de Paz en 1992 tampoco se consideró importante incluirlas con su especificidad propia, ni en el reparto de tierras ni en los costos emocionales que cargan desde entonces, entre ellos lo que significó vivir la maternidad en tiempos de guerra.

El ser y el deber ser

Por lo anterior, podemos adelantar que uno de los aspectos que más ha golpeado a las mujeres antes, durante y después del conflicto es el referente a los hijos. El dilema en la guerra es: tener hijos o no tenerlos, dejarlos con alguien para incorporarse a la lucha, y como madre responsable de la vida, dejar que hijos e hijas participen y que quizá mueran. No es extraño escuchar testimonios como el que compartió una mujer salvadoreña en un taller organizado por una organización no gubernamental (ONG) para rescatar y sacar a flote el dolor de las mujeres durante la guerra:

Empecé a participar políticamente y llegó un momento en que quise irme a la montaña, pero no tuve dónde dejar a mis hijos [...] entonces me tuve que quedar en la ciudad porque nadie me podía cuidar a los hijos, aprendí cosas en el área de salud y desde ahí estuve aportando, pero me quedó el resentimiento de no poder hacer más (*Memoria del taller con mujeres víctimas de la guerra*, s/f:31).

Limitada por ser una madre que no encontró a otra madre sustituta, tuvo la frustración de sentir que si no hubiera tenido la responsabilidad de cuidar hijos, podría haber hecho más; a lo que se suma la figura idealizada de la combatiente, que significaba dar *más*, hacer sacrificios, en cambio la madre que nos da su testimonio tuvo que cuidar de sus hijos. El caso de quienes pudieron dejarlos no suele ser mejor. Para otras mujeres-madres no hubo dificultad en dejar a los hijos al cuidado de otra mujer, el problema vendría después. Las abuelas, las vecinas o las ancianas de algún barrio o comunidad pasaron a ser las madres de los hijos e hijas de los y las combatientes, pero cuando la guerra terminó se presentó el problema de la madre biológica y la madre adoptiva. En este caso, es otra mujer salvadoreña, una madre adoptiva, quien dice: “Las madres adoptivas tenemos derechos sobre esos niños, yo no puedo seguir sintiendo que me robé a esa hija, las otras no pueden seguir sintiendo que las hemos robado. Creamos derechos al cuidarlos, al darles afecto y no podemos poner a los niños a que elijan con quién se van ahora [...]” (*Memoria del taller con mujeres*



víctimas de la guerra, s/f:31). Los cuidaron, los trataron como propios, les dieron cariño y deben devolverlos porque sólo fungieron temporalmente como madres.

Por su parte, la madre biológica reflexiona: “Nuestros niños son los niños de la guerra y a nosotros nos cuesta aceptarlo. Yo tuve claridad sobre quién era mi padre y mi madre, pero mi hija no. Ella dice mamá y volteamos dos mujeres, y las dos nos quedamos calladas. La niña también porque se siente partida” (*Memoria del taller con mujeres víctimas de la guerra*, s/f:31). Son niños de la guerra que no han recibido una atención especial por la situación que les tocó vivir y que a las madres les ha correspondido tratar de solucionar: no tener claridad sobre quién es realmente la madre.

Aquella frase de que “madre sólo hay una” no tiene sentido para muchos infantes en tiempos de guerra. Pero no sólo había problema porque existiera otra madre, también porque los propios hijos sintieron la ausencia y el posterior retorno de la madre: “La mayor me ha reclamado por qué no le avisé que me iba. Tenía seis años [...] Cuando la volví a ver un año después, lo primero que me dijo fue ‘un día estabas en la casa al día siguiente te fuiste. Y no me dijiste a dónde ibas, ni me volviste a escribir. Vos me abandonaste’” (Randall, 1980:177). Una mujer guatemalteca que dejó a su hija al cuidado de su hermana, quien se encontraba exiliada en Nicaragua, lo recuerda así:

Cuando volví a verla, como visita, como visita temporal, sí me costó mucho, porque le decía mamá a una hermana y, de hecho, creo que fue algo que también lastimó la relación con mi hermana. Porque, al regreso, yo quise recuperar el ser mamá para mi hija, no cuando llegué de visita, porque ahí no me parecía justo desajustar a la niña y digamos meterle algo que no era lo cotidiano para ella. Entonces cuando ya iba a estar por un tiempo más largo en Nicaragua, y ya podía estar viéndola, aunque no vivía directamente conmigo, pero viéndola más permanentemente, yo sí quería recuperar el ser mamá de verdad, entonces empecé, empezamos con mi hermana a decir mamá para el nombre de Isabel, entonces empezamos a decirle: yo soy mamá y ella es mamá Isabel y a la fecha mi hija le dice “Mamabel” porque no podía decir Isabel. Afortunadamente somos muy parecidas y el ser hermanas nos acercaba mucho en las formas de tratar a los niños, las costumbres y todo eso, creo que es más cercano a que si hubiera sido una compañera equis, digamos, creo que para mi hija no fue tan duro, hay los niños que han sufrido y han tenido cambios más drásticos (Entrevista a Laura, en la ciudad de Guatemala, 26 de julio de 2002).

También está el testimonio de otra excombatiente que afirma vivir en la soledad: “Cuando me fui al frente sentí que sería fácil separarme de mis hijos. Tenía buenas razones para ello. Después siempre me he sentido culpable por ello, fue un trauma haberlos abandonado. Ellos siempre me han recriminado que los abandoné. Creo



que nunca me van a entender ni a perdonar. Ahora me siento muy sola” (Garaizabal y Vázquez, 1994:79). “Me abandonaste” y “los abandoné” son las frases que pesan en los recuerdos de las madres y en su entorno actual. Ahora las razones para haberse incorporado a la lucha se disipan frente a la culpa que sienten.

Al padre se le recibió generalmente como héroe, como excombatiente que entregó lo mejor de sí para cambiar el rumbo del país, mientras que a la madre se le estigmatizó como la que abandonó, la que no supo definir cuáles eran las prioridades en la vida, la que olvidó que ser madre es antes que ser combatiente, a ella sí se le reprochó la ausencia. La recriminación venía no sólo de los hijos sino de ella para consigo misma. Hay que recordar que si para las mujeres la maternidad es una parte central de su identidad, para los hombres la paternidad no se vive igual, por ello las culpas no afloran tanto en este sentido. Las razones que motivaron a las mujeres a irse eran buenas, pero después no fueron lo suficientemente fuertes para pesar más que el sentimiento de culpa. Significa que durante la guerra algunos patrones de comportamiento de las mujeres fueron válidos, pero no se cuestionaron a profundidad y pronto se repitieron y perduraron. Hasta ahora las mujeres que he citado pertenecen a una clase social “baja” y eso también marca una diferencia, por muy revolucionarios que fuesen sus compañeros.

En Nicaragua el proceso insurreccional tuvo ciertos símiles al salvadoreño, aunque con otro desenlace, pues los sandinistas llegaron al poder a través del apoyo popular de hombres y mujeres, eso les permitió tener una visión de triunfo, y la población pudo contemplar la posibilidad de construir una sociedad más justa, más igualitaria. Podría pensarse que el sabor del éxito pudo borrar o mitigar el sabor de las culpas que experimentaron las salvadoreñas que no llegaron a tomar el poder y que por ello sienten fuertes remordimientos, pero no: las madres que lograron derrocar al dictador gracias a su activa participación tampoco se sienten compensadas.

En la Revolución Nicaragüense es donde el papel de la mujer como combatiente fue más notorio. El símbolo de la participación femenina en la guerrilla fue muy difundido y con él se mostraba la posibilidad que tenían las mujeres de ocupar un cargo de dirección una vez logrado el triunfo. Durante la guerra, hubo mujeres que se incorporaron cuando algunos de los hijos o hijas combatientes murieron, quizá honrando su memoria.

Yo no tenía a quién dejarles a mis hijos. Mis padres son un par de ancianos de 70 años. Si a mí me hubieran contactado antes de tener a mis hijos tal vez nunca llegaría a tenerlos, y a lo mejor yo hubiera quedado en la montaña –que era mi deber– y no ella, mi hija quien cayó con sólo 15 años [...] o sea que, como maduros, como adultos, nosotros teníamos que haberles dado a nuestros hijos una patria libre, no ellos a nosotros como ha sido [...] (Panos Institute, 1995:268).



¡Todo lo que encierra este breve testimonio de una nicaragüense! No poder participar porque tiene hijos; no tener a alguien con quién dejarlos; no haberlos tenido de haber sabido que existía la posibilidad de participar en la lucha revolucionaria; un sentimiento de culpa por la muerte de su hija, por no haber cumplido con su papel de madre y protegerle la vida; morir ella como madre y no su hija; incorporarse de lleno a actividades propias de la guerra una vez que alguno de los hijos o hijas ha muerto. La pérdida de los hijos que murieron por una causa que sonaba justa es un hecho, pero no se justifica como para cobrar la vida de muchos jóvenes, de aquí que el deber de la madre que cuida o tendría que proteger, se rompe.³

Para los combatientes de ambos sexos la idea de dejar hijos siempre estuvo presente. Una razón que empujaba al embarazo era la cercanía que se vivía con la muerte. Había algunas parejas que primero pensaban que en las condiciones de guerra y clandestinidad no era posible tener hijos, pero si alguno de ellos caía preso o veía su vida en peligro después de un enfrentamiento, tras alguna emboscada o algún otro acontecimiento propio de la guerra, entonces uno de los dos o ambos deseaban tener un hijo de la pareja a quien amaban. De lo contrario, ante la fragilidad de la vida, no les quedaría nada de ese ser amado. “Un niño es un poco la prolongación de la vida de uno [...] mientras yo estuve preso Eugenia vivió con mucha fuerza el dolor de no haber quedado embarazada” (Alegría y Flakoll, 1987:89). Después ella se embarazó deseando mucho un hijo del hombre que podía perder en cualquier momento, para que quedara algo de él si llegaba a morir. Irónicamente, fue ella quien perdió la vida, pensando quizás también que dejaba algo de ella en su hija. El sentir de esta mujer salvadoreña es dado a conocer por su compañero ya que ella murió en una emboscada cuando transportaba armas.

El peso de ser madre-cuidadora se trasladó rápidamente a las hijas, que en ocasiones se limitaban a tomar el rol de la que protege, en este caso de la madre. Tenemos la reflexión de la hija que no quiere dejar sola a la madre, una refugiada salvadoreña en Honduras, que deseaba estar en combate: “Yo comprendía la situación, pero me sentía encarcelada y me angustiaba estar en un país ajeno. Quería salirme de allí y venirme a la zona. Lo único que me detuvo fue mi madre. No tenía otro hijo que la amparara, que la ayudara o consolara, porque mis hermanos ya estaban en el frente”

³ Esta experiencia también nos recuerda a Alaíde Foppa, una guatemalteca exiliada en México que sufrió la muerte de su hijo guerrillero y que, a decir de quienes convivieron con ella, fue el elemento que la empujó a trabajar por la guerra revolucionaria en su país, lo que le costaría la vida (Lugo, 2000). Ella ya realizaba actividades de solidaridad con su golpeada Guatemala, pero fue la muerte de su hijo la que la volvió más radical. Fue desaparecida en la ciudad de Guatemala y asesinada por el ejército después de haber sido torturada, un poco más tarde otro de sus hijos correría la misma suerte que el primero (Poniatowska, 2000). Ver también dos testimonios que la rememoran citados en Stoltz Chinchilla (1998): el de su hija Silvia Solórzano y el de Mercedes Olivera.



(Panos Institute, 1995:244). Madre-hija e hija-madre, binomio de la que cuida: ella como mujer –pues sus hermanos varones estaban en el frente– debía cumplir su función de cuidar como la madre que algún día sería, o comenzaba a ser, o siempre había sido y sería.

Pero la figura maternal también tiene otras perspectivas.⁴ Por ejemplo, los casos de mujeres que supieron valerse de su embarazo para no despertar sospechas acerca de su militancia:

Fuimos Efraín y yo con un carro lleno de libros, armamento, municiones, toda una serie de cosas de alta potencia explosiva. Aprovechamos mi condición de mujer para poder llevar todo eso. Nos hicimos que éramos un matrimonio [...] él me dice, mira mujer, bájate para que te vean que vas en estado de embarazo [...] entonces me bajé del vehículo y fui a alcanzar al guardia. Le dije: ‘mire señor yo quisiera que nos hiciera un favor, que nos registrara el vehículo y que nos dejara pasar porque yo en este estado no puedo andar mucho’, fue, revisó, sólo tocó, y bueno pues, váyanse (Randall, 1980:232).

En este caso concreto, la maternidad no fue un obstáculo sino una ventaja a la que se le supo sacar provecho. La madre es sagrada, no se toca ni se violenta. El soldado sensible a la maternidad.⁵ ¿Y qué sucedía si se caía en prisión? ¿Qué ideas cruzaban por la mente de una guerrillera prisionera mientras era torturada?

Y así pasaron las horas, la noche, la trompeta, la diana. ‘Y yo me pregunto, ¿dónde?, ¿dónde tienen a todos los desaparecidos? ¿Dónde estará Alejandrito, mi hijo? ¿Qué estará haciendo mi pequeño gran hombre? Nació hace 4 años, el 2 de junio. ¿Habrán tratado de matarlo? ¿Lo tendrán aquí? ¡Pobre! Nacer y vivir en tiempos de guerra, ¿qué sentirá? ¿Y si lo torturan frente a mí? Un frío me estremece. Sería monstruoso’ (Díaz, 1999:38).

La comandante Nidia es la autora de este testimonio de su vida en prisión, ella fue arrestada por un grupo del ejército salvadoreño comandado por un asesor estadounidense. Hecha prisionera y torturada, tuvo la oportunidad de ser canjeada casi dos

⁴ En el caso de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la figura materna sería su escudo, su protección frente a una dictadura que no se detenía ante nada para reprimir. Ellas mismas reconocen que su actitud hacia los cuerpos represivos era maternal, de preocupación por su proceder: la madre que sufre la ausencia del hijo o hija que exige su retorno, a esa mujer, a la madre, no se le podía golpear tan fácilmente (Navarro, 2001).

⁵ Es cierto que varias mujeres militantes nicaragüenses afirman que cuando caían prisioneras argumentaban frente a los soldados un embarazo (real o fingido), y que ello era motivo suficiente para que no fueran violadas. Véase el libro de Randall (1980) donde se menciona esto repetidamente por las militantes sandinistas. Conviene considerar que esta situación se ha modificado mucho y que el adiestramiento a militares y policías ha dejado de lado “respetar” a la portadora de la vida.



años después para salir rumbo a Cuba, mientras su hijo y su madre ya se encontraban viviendo en el exilio en Europa, obligados por las múltiples amenazas que recibieron. Ella provenía de la clase alta y su madre no tuvo problema en cuidar del nieto. Una idea que daba vueltas en la cabeza de esta mujer durante su estancia en la prisión era la suerte de su hijo, ella trataba de explicarle a su corta edad que las largas ausencias de la madre obedecían a que estaba luchando por un país mejor donde no existieran la miseria ni la opresión en que vivía la mayoría del pueblo salvadoreño –no ella en lo particular, pues como ya se dijo, ella provenía de una clase bastante acomodada. Un niño con apenas cuatro años que no entendería que su madre estaba prisionera y una madre que no concebía que pudieran utilizar a su hijo para doblarla, como ya había sucedido con otros compañeros. Las militantes de clase alta en Nicaragua –como la comandante Mónica Baltodano– y en El Salvador –como la comandante Nidia Díaz– dejaron a sus hijos en manos de sus propias madres, quienes no sólo protegieron la vida de sus nietos-hijos sino que les fomentaron comprender la importancia de la actividad revolucionaria de sus hijas tratando de explicarles sus prolongadas ausencias. Las abuelas vueltas madres vivieron el cuidado de sus hijos-nietos con especial angustia: por un lado, temían la muerte de sus hijas combatientes y, por el otro, sabían que esos niños podían ser atacados para presionar a las madres. Cuando una abuela se hacía cargo de un bebé se confirmaba que la hija estaba en la montaña.⁶

Una guatemalteca que luchó por la presentación de los desaparecidos, entre ellos su esposo, no corrió con la suerte de la comandante Nidia, aunque seguramente compartía su angustia por lo que podría sufrir su hijo. Rosario, madre de un niño de dos años, denunció en varias ocasiones públicamente la política represiva del gobierno de Guatemala, que a través de una aplicación sistemática del terror había convertido la desaparición forzada en un instrumento de terror. Ella fue víctima del mismo poder que denunciaba y todo parece indicar que antes de ser asesinada fue testigo de la tortura de su hijo (Figuroa Ibarra, 1999). Extremos de violencia inenarrables. Además de la posibilidad de la violación sexual, algunas mujeres vivieron con ese

⁶ Una excepción en el sentido de las abuelas que apoyaban la lucha de sus hijos e hijas y que les fomentaban de cierta manera la simpatía por sus actividades, es la de la guatemalteca Aura Marina, quien afirma: “Cuando salí al exilio en febrero de 1964, mi madre me dijo que no me lo llevara conmigo [su primer hijo] pues ya llevaba a Ricardito de dos meses de edad y hubiera sido muy difícil para mí trabajar y vivir con los dos niños tan pequeños (se llevaban cuatro años). Más tarde, cuando viví con mi compañero en Cuba, les pedimos que nos lo enviaran para que se reuniera con nosotros y su hermano. Ellos no quisieron, mi madre lo adoraba y para mi padre fue el hijo que nunca tuvo (fuimos cuatro mujeres). Lamentablemente, mi madre, quien era de extrema derecha, le habló siempre muy mal de los motivos de mi salida de Guatemala. Llegó a decir que si sabía dónde estaba mi compañero [Ricardo Ramírez] lo denunciaría a la policía. Hay que conocer el medio guatemalteco para saber que no estoy exagerando” (Arriola, 2000:51).



horror durante su militancia. Otra militante en Guatemala comparte un recuerdo similar y también habla de la separación de su hijo, y relata que ella lo dejó y él nunca lo entendió:

Mi hijo mayor, que se había quedado solo en la casa donde me capturaron la primera vez, fue objeto de un intento de secuestro cuando me logré esconder, lo que fue interrumpido por una joven que me ayudaba en los servicios domésticos. Mi hijo pasó a vivir con mis padres y, desde entonces, fue el hijo de ellos. Y podríamos decir, mi hermano, pues afectivamente nunca ha entendido por qué lo dejé (Stoltz Chinchilla, 1998: 105).

En Guatemala, la política contrainsurgente de tierra arrasada aplicada por el gobierno en la década de los ochenta llevó a muchas comunidades indígenas a buscar la sobrevivencia de dos formas: huyendo del país o huyendo a las montañas, donde el ejército no pudiera encontrarlas. La población que optó por el segundo camino hubo de implementar, obligada por las circunstancias, nuevas formas de vida para adaptarse a la montaña. Se dio un cambio en las relaciones de trabajo, se desarrolló un verdadero colectivo tanto en la siembra como en el reparto del producto final, todo ello por razones de seguridad y para aprovechar al máximo lo poco con lo que se contaba (Cabanas, 1999; Falla, 1992). Otro aspecto novedoso fue que entre estas comunidades en resistencia había población civil que incluía por igual tanto a indígenas como a ladinos pobres. María Teresa, una mujer indígena guatemalteca que vivió esta experiencia, particularmente dolorosa para ella y todos aquellos que se vieron obligados a la vida en la montaña, contaba:

Viví con las comunidades de población en resistencia durante dos años y medio, mi esposo, mis seis hijos, mis abuelos y otras personas que en total formamos 23 familias. Nos refugiamos en la montaña después de que el ejército mató a muchos e incendió la comunidad. Logramos salvar a algunos niños; cuando llegamos a un claro después de mucho caminar, entonces nos pusimos a llorar, las familias no estaban completas, algunas cargaron al más chico y se les olvidó despertar al otro y lo dejaron [...] Sobrevivimos a grandes problemas, fuimos enterrando a nuestros muertos en el camino, había días en que dejamos a dos o a tres, a saber dónde; vivimos con enfermedades y hambre, pero logramos conservar la vida en nuestro país. Yo tenía experiencia en cuestiones de salud, más lo que aprendimos en la montaña nos ayudó a sobrevivir. Muchas mujeres vivieron con la angustia de cargar a los hijos, de no saber si el marido vive o no, fue muy difícil para las mujeres. Pero llegó el momento de tomar una decisión, cuando ya los niños comenzaron a enfermarse mucho se pensó en refugiarnos en México. No todos quisieron irse, para algunos era una traición dejar el país, cuando pensamos que los niños y los ancianos debían refugiarse hubo quien dijo que yo tenía capacidad moral para mantener a la gente, además mis conocimientos en salud eran importantes para los compañeros que querían quedarse, así que me pidieron seguir con ellos, mis hijos y mis abuelos partirían hacia México. Para mí fue lo más duro, que me hayan dicho:



mire que sus hijos y sus abuelos se vayan, pero usted se tiene que quedar. Para mí desprenderme de la familia es como echarme un puño de tierra. Era una despedida, que tal si en una de las emboscadas el ejército nos mataba, porque si Dios quiere nos encontrábamos y si no pues [...] pero sí es difícil que a uno lo separen de la familia, a veces uno se tiene que sacrificar (Entrevista a María Teresa, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001).

Definitivamente este testimonio es muy ilustrativo del peso en muchas mujeres-madres de la suerte de los hijos, más que de la de ellas mismas. Ella podía soportar prácticamente todo: hambre, miedo, frío, ir enterrando a familiares y amigos, vivir literalmente con la vida en un hilo, pero separarse de los hijos fue lo más duro que le sucedió viviendo en las montañas, no lo otro, no la persecución del ejército, no la violencia e incertidumbre, sino el ya no poder vivir con sus hijos. En esas condiciones de violencia, la despedida podía ser el adiós definitivo, y esa incertidumbre, la de no saber de la suerte de los hijos, pesaba más que la de la vida propia. El sacrificio no sólo consistió en vivir lejos de su comunidad como desplazada y perseguida por el ejército escuchando los vuelos rasantes y los bombardeos, sino en tener que separarse de su familia. La entereza con la que María Teresa narra las atrocidades sufridas a manos del ejército sólo se quiebra cuando recuerda la separación de sus hijos.

Esta forma de resistencia popular frente a la muerte fue conocida como las Comunidades de Población en Resistencia, y en ella se desarrolló, además de un nuevo modo de producir, una nueva forma de familia hasta entonces desconocida en Guatemala entre las comunidades pobres: había que incorporar a los huérfanos sobrevivientes para cuidarlos como hijos propios, hijos e hijas de la comunidad; la familia se amplió. La represión había dejado de ser selectiva para volverse indiscriminada, pues ya no sólo eran los hombres quienes despertaban sospechas de “revoltosos”, en la política de tierra arrasada se masacró por igual a hombres y mujeres sin importar la edad. Una constante con la que vivieron en todos los años de guerra fueron las amenazas, los secuestros, la tortura y la impunidad. Como madres de todas estas víctimas, muchas mujeres se movilizaron para denunciar y tratar de frenar estas prácticas salvajes.

En Guatemala la guerra fue tan larga que no deja de ser curioso que madre e hijo compartieran la misma lucha, las mismas armas y la misma bandera aunque en diferentes tiempos. Esto también fue un elemento que se convirtió en un motivo de disputa o de renuncia, esta última por parte de la madre por supuesto:

Cuando el grupo Octubre Revolucionario se separó del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), a finales de 1983, comencé a militar con ellos, porque compartía la idea de que era el momento de dar un cambio a la estrategia y a los métodos de la lucha en Guatemala, pero pronto me di cuenta que no crearían nada nuevo. En ese momento estaba cansada de la militancia por la militancia. Quería algo nuevo y



no me pareció que ellos lo serían. Es así que no continué con la organización que apenas iniciaba sus actividades. Además, no veía que existieran motivos políticos de peso [...] para poner más barreras entre mi hijo y yo, pues él militaba en el EGP y estaba en la montaña guatemalteca (Arriola, 2000:113).

“Para no poner más barreras entre mi hijo y yo”. Ella deja la organización en la que había decidido militar, pues además de que no le convenció plenamente, la actividad política del hijo en otra organización la hace alejarse para no crear más conflictos con él; y si sumamos que ya había dejado a otro hijo que no la consideraba como su madre, sus razones se entienden aún más.

Por otra parte, no deja de ser significativo el discurso que se dio en la guerrilla guatemalteca –también desde una perspectiva de la revolución– para fomentar entre las madres la necesidad de “reponer” a los hombres y mujeres que iban muriendo. Reproducirse y prolongar la existencia, el hijo –mejor que la hija– como el que dejamos al partir. Los problemas y los obstáculos de enfrentarse a niños que cuidar no eran importantes para la dirigencia, lo que contaba era reproducirse a cualquier costo emocional.

Una madre salvadoreña que perdió a todos sus hijos e hijas durante la guerra recuerda:

Les rogué y les pedí muchas veces que huyéramos de la guerra. Les dije que no quería verlos mezclados en el conflicto, pero siempre respondían lo mismo. Entonces les dije: “Bueno hijos, les he dicho todo lo que tenía que decirles. De ahora en adelante, todo lo que hagan es asunto suyo. Voy a sufrir las consecuencias, pero si esto es lo que quieren, que así sea. Sigán adelante. Aplaudieron y me dijeron: ‘Gracias mamá. Queríamos que nos diera esta libertad, porque no podemos quedarnos aquí con los brazos cruzados’.” Es por esto que me siento de esta manera, porque murieron como ellos quisieron morir, defendiendo a un pueblo que no podía defenderse (Panos Institute, 1995:28).

Ella hizo todo lo posible por evitarles la muerte, pero supo comprender que el sacrificio de sus hijos escapaba a sus cuidados: “murieron como ellos quisieron morir”, reflexión poco común pero no única. Una de las ideas más críticas sobre la maternidad en la guerrilla nos viene de una mujer mexicana que se integró a la formación del Ejército Guerrillero de los Pobres en Guatemala, aunque esto se dio algunos años después de finalizada la guerra y cuando ella misma ya era madre de tres hijos:

Toda la etapa de preparación para formar la guerrilla fue de mucho esfuerzo, colaboración, resistencia, de mucha preparación de los compañeros. Teníamos, por ejemplo, el problema de los niños. Siempre fui partidaria de que las mujeres y los hombres que ya tenían la intención de dedicarse a la guerra debían planificar, pero me decían que era inhumana al plantear eso, que era una necesidad de los hombres el reproducirse y de las mujeres el prolongar su existencia a través de los hijos, que se



necesitan también revolucionarios para reponer a los que se iban perdiendo, etcétera; en definitiva, que los hijos son algo muy apreciado que tenemos que procurar producir. Pero la verdad es que había muchos problemas (Stoltz Chinchilla, 1998:48).

La condición de ser madres fue, en ocasiones, más fuerte que cualquier diferencia, incluso política, como sucedió en la Nicaragua post-triunfo. Algunas mujeres llegaron a afirmar que sin importar si simpatizaban con los sandinistas o con la llamada resistencia –o contra–, lo que tenían claro fue que en ocasiones llegaban los de un bando y se llevaban a algún hijo, a veces los de otro y se llevaban a otro hijo, de manera que no era raro que uno de los hijos estuviera con un bando, y enfrentado al bando donde estaba el otro hijo. Así lo dijo una madre: “sin importar de qué bandos, todas sufrimos lo mismo.” Aquí no había diferencias políticas ni ideológicas, solamente había unidad en torno a una sola idea: “somos madres que sufren por la suerte del hijo o la hija, de los cuales no sabemos su paradero, y sea cual sea el bando en que se encuentren para nosotras no hay diferencia”.⁷

Sin duda, es en la maternidad, en la idea de la mujer como madre, en los sentimientos en torno a los hijos, que la guerra les ha dejado a las mujeres más secuelas, fuera cual fuera su papel en el conflicto bélico: guerrillera, base de apoyo, madre de combatientes, refugiada, desplazada, etcétera; la carga social de la mujer como responsable única del cuidado de los hijos, como razón para hacer algo o dejar de hacerlo. Aunque no es lo común, encontramos el testimonio de una mujer que sabe que como madre, ella no fue la responsable de las decisiones de sus hijos:

Una madre no es responsable de lo que hace su hijo. Si el chico quiere unirse a un bando, cada uno a lo suyo. Cada cual es libre de pensar lo que quiera. Hay madres que ni siquiera saben dónde murieron sus hijos, dónde fueron capturados, quién se los llevó. Pero sienten el mismo dolor que nosotras por haber perdido nuestro bien más querido –los hijos– sin importar si ha estado en el Frente o en la Resistencia (Panos Institute, 1995:278).

⁷ Con relación a esta identidad que como madres predomina en muchas mujeres, también encontramos el testimonio de Domitila Barrios, la mujer boliviana minera que participó activamente en la lucha por mejores condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, y en la defensa por el respeto a los derechos humanos. Ella recuerda que una vez que el ejército entró a su pueblo minero, después de que reprimía a la población y que ocupaba el lugar, algunas mujeres salían por la mañana a darles de comer a los mismos soldados que el día anterior les habían golpeado. Cuando ella les cuestionaba su proceder, recordándoles que estos soldados estaban allí para golpear y hasta matar a los mineros y a quienes les apoyaran, sus vecinas le respondían: “¡Pero, no, señora! ¡Si estos son nuestros hijos! [...] ¡Son nuestros mismos hijos! [...] Son, pues, los de arriba, los que están mandando, señora. Éstos no tienen la culpa. Y pasado mañana tal vez le va a ocurrir lo mismo a mi hijo, cuando sea conscripto: que lo manden a matar al pueblo. ¿Cómo no le van a dar un pedazo de pan?” (Viezza, 1985:109). Madres ante todo.



Hay que señalar que la mujer de este testimonio fungía como coordinadora de actividades culturales del Comité de Madres de Héroes y Mártires de la Revolución en Matagalpa, Nicaragua. Aunque perdió dos hijos y expresa su dolor por no tener ya a su “bien más querido”, no se siente responsable por su muerte. Seguramente el proceso organizativo en el que participó le ha ayudado a vivir el duelo.

En el refugio de guatemaltecos en territorio mexicano hubo importantes formas de organización protagonizadas por las mujeres. La organización de las refugiadas surgió como una sugerencia de alguien ajeno a ellas, y fue una experiencia de la que supieron sacar ventaja. Comenzaron con actividades económicas –comercializando bordados, impulsando proyectos de hortalizas y animales domésticos, por ejemplo– y después pasaron a demandar la alfabetización de la mujer refugiada. Asimismo, desarrollaron proyectos sobre autoestima, salud reproductiva y la importancia de organizarse como mujeres.

Entre las refugiadas que retornaron a su tierra⁸ se encuentra María, indígena mam que llegó a México siendo apenas una niña y que tiene una visión un poco más optimista sobre la maternidad y la guerra, así como sobre la importancia de la organización de las mujeres. María relata muy sonriente: “Soy madre soltera. Siempre me ha gustado trabajar con mujeres desde que era una patoja” (Entrevista a María Domingo, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001). Ella llegó a vivir a México como refugiada acompañando a sus padres; ahí aprendió a leer y a escribir, y comenzó a trabajar en la organización de mujeres Mamá Maquín preparando el retorno a su país. En ese proceso conoció al padre de su hija quien comenzó a celarla por su activismo político. Fue entonces cuando ella tomó la decisión de ser madre soltera. “No quiero que él me diga que no puedo participar en la organización de mujeres, siempre pensaba que estaba buscando un hombre, mejor yo sola puedo trabajar porque es muy importante que las mujeres nos organicemos. Mis papás me ayudan con mi hija cuando voy a reuniones y ella, que tiene seis años, ya sabe quién fue Mamá Maquín” (Entrevista a María Domingo, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001).

A esta joven mujer la vida en el refugio le cambió su mentalidad. Para ella, volver a Guatemala era la meta y para lograrlo había que organizarse como guatemalteca refugiada y como mujer. Claro que su niñez no fue como la de su madre, porque ella creció en una comunidad que se estableció fuera de su país para poder sobrevivir. Eran supervivientes de una fuerte violencia y conservar la vida implicaba nuevas formas de relacionarse entre ellos y ellas. Fue madre de sólo una niña por decisión

⁸ Un trabajo pionero e interesante sobre las mujeres refugiadas en México y retornadas a Guatemala es el de Cabarrús, Gómez y González (2000).



propia, siendo que la mujer indígena generalmente tiene muchos hijos. María Domingo tuvo otras prioridades, entre ellas, participar en organizaciones, a sabiendas de que la independencia económica de las mujeres es fundamental para avanzar en la reivindicación de los derechos de un sector fuertemente oprimido. Ella comparte una reflexión sin duda aleccionadora: “Nosotras no pensamos que si en una mesa de discusión hay dos hombres y dos mujeres ya están las mujeres representadas, lo que queremos es que esas dos mujeres hablen, opinen y que lo que ellas digan sea tomado en cuenta. Esa es la participación de las mujeres que queremos, que su opinión se escuche” (Entrevista a María Domingo, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001).

Qué mejor frase para concluir: no sólo se trata de que las mujeres estén presentes sino que opinen y además que su voz se escuche. Su voz con todas las ideas que tienen por aportar. Aquí vuelvo a Bourdieu cuando afirma: “[el] lenguaje común que, en cuanto tal, pasa inadvertido, encierra en su vocabulario y sintaxis toda la filosofía petrificada de lo social siempre dispuesta a resurgir en palabras comunes o expresiones complejas construidas con palabras comunes que el sociólogo utiliza inevitablemente” (Bourdieu, Passeron y Chamboredon, 2008:421).

Reflexión final

En cierta forma hay que considerar a la maternidad como un mito. Un mito visto como una narración fabulosa y popular que, a través de una explicación de cierta forma mágica, otorga un don a las mujeres. Un mito que no surge en el entorno del conflicto bélico pero que éste no logra romper. Los sentimientos que a menudo se experimentan durante la guerra –como el miedo o la tristeza– se guardan para otro momento, y cuando afloran pueden estallar en una gran melancolía. En este contexto, la maternidad y la guerra se combinaron en las circunstancias de muchas mujeres sólo para generar gran dolor y sentimiento de culpa. La idea extendida de que la guerra es masculina permite compagnarla con la paternidad, no está reñida con la imagen del soldado; pero la madre debe jugar otra función. Ella fue considerada como la que abandonaba a los hijos, como la que los dejaba morir, por ello se le imputarán culpas que la marcarán permanentemente y en sus propias palabras se traducirá ese malestar. Asimismo, se puede afirmar que ni siquiera en un ambiente bélico, donde se vive tan de cerca con la muerte, se logró cuestionar lo inevitable de la maternidad. Las mujeres en las filas guerrilleras continuaron embarazándose a pesar de que estaban dedicadas a otra causa. Los costos han sido muy altos para ellas, y también para sus descendientes. Ni en el proceso de preparación para la guerra ni durante ésta se reflexionó en la maternidad como construcción social.

Mujeres militantes, guerrilleras, urbanas o rurales, no cuestionaron el orden simbólico de la maternidad y decidieron tener hijos conociendo el riesgo que ello implicaba,



pero desconociendo, sin duda, los reproches y culpas que llegarían después. Fue así porque ellas pensaron que su decisión de luchar debía estar por encima de cualquier otra y, seguramente, visto a la distancia, no era errado pensar así. El problema viene cuando todo un conjunto de estructuras sociales deja caer la responsabilidad exclusivamente en las mujeres-madres. La representación de la mujer como madre se difunde desde diversos aparatos ideológicos, tales como las religiones, las costumbres y otros símbolos. Ser madre no parece opción, es destino, es inevitable y aquella mujer que no lo es, aparece como disruptiva. El discurso revolucionario no lo cuestionó, al contrario, se llegó a invitar a las mujeres a “reponer” a los muertos en la guerra pariendo más revolucionarios.

Para gran cantidad de mujeres, el deseo de ser madre fue superior a los miedos, a los riesgos, a las angustias. Esa ilusión de que es “lo natural” fue inmutable. Ni la opción por la guerra –pensando en las combatientes– las llevó a cuestionarse ese rol, pero la realidad de las mujeres pobres y ricas en el entorno guerrillero fue diversa. La identidad de las mujeres difícilmente se desliga de la maternidad. Ésta es una identidad asignada culturalmente que de cierta forma las subordina. La mujer madre no sólo es la que da la vida, también es la responsable de preservarla; con base en esa aceptación girarán muchas de sus acciones futuras. En tiempos de guerra, cuidar la vida de los otros es parte de las funciones de las mujeres, mismas que no logran cumplir cabalmente, pero tampoco logran romper con el mito que se simboliza al ser madre. A pesar de que la muerte forma parte del vocabulario cotidiano, el conflicto que brota a partir de su identidad maternal no las abandona. La guerra que marcó a muchos lastimó a las mujeres en su condición de madres, las que protegen, las que cuidan, las que consuelan, dan la vida y la deben mantener.

Bibliohemerografía

- ALEGRÍA, Clarivel y D. J. FLAKOLL (1987), *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*, San Salvador, El Salvador, Universidad Centroamericana.
- ARRIOLA, Aura Marina (2000), *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*, Guatemala, Ediciones del Pensativo.
- BOURDIEU, Pierre, Jean-Claude PASSERON y Jean-Claude CHAMBOREDON (2008), *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, México, Siglo XXI.
- CABANAS, Andrés (1999), *Los sueños perseguidos. Memoria de las Comunidades de Población en Resistencia de la Sierra*, Guatemala, Terra Editores.
- CABARRÚS, Carolina, Dorotea GÓMEZ y Ligia GONZÁLEZ (2000), *Y nos saltamos las trancas. Los cambios en la vida de las mujeres refugiadas retornadas guatemaltecas*, Guatemala, Consejería en Proyectos.
- DÍAZ, Nidia (1999), *Nunca estuve sola*, El Salvador, Universidad Centroamericana, Colección “Testigos de la Historia”, volumen 2.



- FALLA, Ricardo (1992), *Masacres de la selva. Ixcán, Guatemala (1975-1982)*, Guatemala, Editorial Universitaria.
- FIGUEROA IBARRA, Carlos (1999), *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Grupo de Apoyo Mutuo/Centro Internacional para Investigaciones en Derechos Humanos.
- GARAIZABAL, Cristina y Norma VÁZQUEZ (1994), *El dolor invisible. Una experiencia de grupos de auto-apoyo con mujeres salvadoreñas*, Madrid, Talasa Ediciones, Colección "Hablan las Mujeres", núm. 9.
- LAGARDE, Marcela (1997), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM.
- LUGO, Carmen (2000), "Una vida interrumpida. Semblanza de Alaíde Foppa", en *Alaíde Foppa. Antología*, México, Gobierno de la Ciudad de México/UNAM.
- MAIER, Elizabeth (1985), *Nicaragua, la mujer en la revolución*, México, Ediciones de Cultura Popular.
- MURGUIALDAY, Clara (1988), *Nicaragua: revolución y feminismo (1977-1989)*, Madrid, Editorial Revolución.
- NAVARRO, Marysa (2001), "Lo personal es político: las Madres de la Plaza de Mayo", en Susan ECKSTEIN (coordinadora), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, México, Siglo XXI.
- OLIVERA, Mercedes, Malena DE MONTIS y Mark A. MEASSICK (1990), *Mujeres: panorámica de su participación en Nicaragua*, Nicaragua, Cenzontle, Colección "Realidades".
- OLIVERA, Mercedes, Malena DE MONTIS y Mark A. MEASSICK (1992), *Nicaragua: el poder de las mujeres*, Nicaragua, Cenzontle, Colección "Realidades".
- PANOS INSTITUTE (1995), *Armas para luchar, brazos para proteger. Las mujeres hablan de la guerra*, Barcelona, Icaria.
- PONIATOWSKA, Elena (2000), "Alaíde Foppa", en *Alaíde Foppa. Antología*, México, Gobierno de la Ciudad de México/UNAM.
- RANDALL, Margareta (1980), *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy*, México, Siglo XXI.
- ROSENBERG, T. (1999), "What Did You Do in the War, Mama?", en *New York Times Magazine*, 7 de febrero.
- STOLTZ CHINCHILLA, Norma (1998), *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*, Guatemala, Magna Terra Editores.
- TALAMANTE DÍAZ, Cecilia, Fanny SALINAS CAMPEAS, María de Lourdes VALENZUELA y GÓMEZ GALLARDO (1994), *Repensar y politizar la maternidad. Un reto de fin de milenio*, México, Grupo de Educación Popular con Mujeres A. C.
- TUBERT, Silvia (1991), *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*, España, Siglo XXI.
- VÁZQUEZ, Norma, Cristina IBÁÑEZ y Clara MURGUIALDAY (1996), *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, España, Horas y Horas, Cuadernos inacabados número 22.



VIEZZER, Moema (1985), '*Si me permiten hablar...*'. *Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI.

Memoria

Memoria del taller con mujeres víctimas de la guerra (s/f), El Salvador, mimeo.

Entrevistas realizadas por la autora Silvia Soriano Hernández

Entrevista a María Domingo, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001.

Entrevista a María Teresa, en la Ciudad de México, 24 de abril de 2001.

Entrevista a Laura, en la Ciudad de Guatemala, 26 de julio de 2002.

Recibido: 23 de octubre de 2018

Aprobado: 27 de octubre de 2020

